

Vicente BALAGUER, *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricœur*, Eunsá («Anejos de Rilce», 40), Barañáin (Navarra) 2002, 197 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-1969-0.

Ni la teología ni sus cultivadores pueden vivir de espaldas a las corrientes culturales de la época en que se formulan. Por lo que se refiere a la exégesis esta circunstancia ha supuesto, normalmente, un beneficio mutuo: la exégesis de la Sagrada Escritura se enriquece con las aportaciones de otras ciencias humanas, que le ofrecen útiles de metodología; a su vez, las humanidades avanzan positivamente cuando captan el provecho que pueden sacar del saber exegetico y teológico. En el libro del Prof. Balaguer se pueden apreciar algunos aspectos de esta afirmación. No cabe duda de que la moderna teoría literaria, especialmente la narratología, ha abierto nuevos caminos a la comprensión de las narraciones bíblicas, y de los evangelios, en particular. Con motivo de la publicación en castellano de la obra de G. Genette, *Figuras III*, ya señalamos (cfr. *Scripta Theologica* 23/2 [1991] 690-692) la riqueza que podía encontrar la exégesis bíblica en la propuesta de análisis narratológico del teórico francés. Pero también se ha recorrido el camino inverso: es sabido que las últimas teorías de la crítica literaria han querido recoger la dimensión hermenéutica como elemento central del análisis de un texto, y al hacerlo han acudido a la crítica bíblica como fuente de inspiración y de experiencia.

Con esa orientación, el libro estudia precisamente a un autor, Paul Ricœur, que desde hace más de treinta años ha trabajado vivamente dentro de la interrelación mencionada. Hay que recordar que P. Ricœur participó en el Congreso de Chantilly de 1969 (organizado por la ACFEB, escrituristas católicos franceses), donde exegetas y teóricos literarios se propusieron recorrer caminos críticos en común (cfr. mi *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, Pamplona 1983). A partir de Chantilly, P. Ricœur se ocupó de conjugar los esfuerzos de exegetas y críticos literarios, y aún de los filósofos del lenguaje, y

ha pasado a ser un lugar de referencia tanto para la hermenéutica bíblica como para la crítica literaria general.

Éste es el primer incentivo para que el exegeta acceda al libro de Balaguer. En una larga introducción, el A. pasa revista a los problemas con los que se ha enfrentado el análisis de la narración en el siglo XX, y que no son muy distintos de los que se presentan en el estudio de los textos bíblicos de carácter narrativo, a saber: la capacidad y los límites de cada método narrativo; la dimensión hermenéutica que necesariamente está presente en el análisis de un texto, y que acompaña su lectura; la importancia de la naturaleza de los referentes para poder distinguir entre textos históricos y textos ficticios; etc. Tales temas, de una manera más o menos homogénea, Balaguer los percibe planteados también en un amplio conjunto de escritos de Ricœur. Por eso estudia las obras del fenomenólogo francés —especialmente las que van de 1970 a 1992— en las que encuentra luces para el análisis de textos bíblicos o literarios.

En el primer capítulo aborda objetivos generales de la hermenéutica. En la crítica de los textos, bíblicos y no bíblicos, siempre se ha planteado la cuestión de si la interpretación debe buscar la *intentio auctoris*, o, si al tenerse tal búsqueda por casi imposible o indefinible, se debe dirigir el objeto de la interpretación hacia la *intentio operis*, o si, finalmente, abandonando pretensiones incómodas, debe quedarse más bien en la *intentio lectoris*. Las tres posibilidades no son meras teorías, ya que históricamente han enhebrado el análisis del último siglo: la crítica genealógica y las metodologías histórico-críticas buscan indudablemente la intención del autor; los modelos sincrónicos se han quedado en el análisis del significado del texto *prout iacet*; y el deconstruccionismo, la estética de la recepción y el *reader response criticism* se han decantado por la intención del lector. Ahora bien, si se examinan en profundidad estas posiciones se percibe que la *intentio auctoris* (aparte de su entronque con la milenaria interpretación clásica y cristiana) tiene sus raíces evidentes en la hermenéutica romántica de Schleiermacher y Dilthey, en tanto que la *intentio lectoris* está sustentada en la hermenéutica ontológica de Heidegger y Gadamer. Frente a estas dos posturas, la *intentio operis*, preconizada por otros, debe suponer una dialéctica entre autor, texto y lector: sería la postura más cercana al pensamiento de Ricœur.

Ahora bien, para que esta propuesta sea verdaderamente crítica se necesita una teoría del texto. Eso es lo que el autor aprecia en la obra de Ricœur: una teoría textual que le permite situarse en diálogo con las otras hermenéuticas sin diluirse en ninguna de ellas. La razón es que todo texto es algo objetivo, habla de algo, de una referencia, y es susceptible de ser analizado metódicamente. De esa manera toda interpretación de textos tiene que anclarse en una teoría hermenéutica de corte ontológico, pero que corrija la arbitrariedad de la

interpretación ametódica de esta corriente con un análisis metódico, tal como proponía la hermenéutica romántica. Y este análisis metódico es posible y es objetivo, porque el texto es algo objetivo y la lengua con la que se expresa el texto es también un sistema objetivo. Estas nociones, junto con las teorías referencialistas de la filosofía analítica (especialmente Frege) son las que el autor examina a lo largo del capítulo segundo de su trabajo.

Al final del capítulo segundo, en el apartado «Recapitulación: la interpretación de los textos según Ricœur» (pp. 86-89), el autor esboza unas conclusiones parciales de lo tratado hasta el momento: lo que ha compendiado es la epistemología general que está presente en la interpretación de los textos, y que no es sino una condición necesaria para abordar el análisis de la narración, que se expone en el capítulo tercero. Siguiendo las propuesta de Aristóteles, Ricœur define la obra literaria como una mimesis creadora, una imitación de la realidad, pero cuyo acto mimético consiste en crear aquello mismo que imita. Lo que caracteriza la narración es que imita una acción. Según las tesis de Ricœur, se pueden distinguir tres momentos epistemológicamente distintos en el proceso de imitación que es toda obra: mimesis I, mimesis II, y mimesis III.

Mimesis I, o «prefiguración» de la acción, es el mundo común al autor y al lector que permite la comprensión de la obra. Esencialmente se define por las estructuras lógicas del mundo del lenguaje y de la cultura del momento en que se produce la obra. Se trata, en primer lugar, de describir lo que podría denominarse la red conceptual de la acción. Si, por ejemplo, hablamos de los evangelios, mimesis I describiría en primer lugar las estructuras lógicas de la acción: si hay un sujeto de la acción debe haber un objeto, si hay un ofensor también debe haber un ofendido, etc. Lo mismo habría que decir a propósito de las instituciones culturales de la época, de las estructuras sociológicas, temporales, etc. Una descripción, en forma de paradigma, de todos estos elementos sería capaz de presentar adecuadamente el contexto en el que pueden entenderse las acciones de Jesús presentadas en los evangelios. La ventaja insigne de la propuesta de Ricœur es el carácter sistemático que es capaz de darle su formulación.

Mimesis II, o «configuración», es el mundo representado en el texto. Como dice su propio nombre, ahora se analiza la configuración que presenta la acción en el texto. Si mimesis I era el momento paradigmático de la acción, mimesis II es el sintagmático. Al actualizarse en una configuración, se representa una acción concreta, en la que, por ejemplo, puede haber ofensor sin ofendido, o incluso acción sin objeto. De todas formas, lo esencial en la operación de configuración narrativa es la construcción de la «trama»: por medio de ésta se produce una «síntesis de lo heterogéneo», ya que la trama es capaz de conjugar acciones, sujetos, circunstancias, tiempos, consecuencias queridas y no queridas,

etc. La operación de la configuración de la trama es la que hace que los acontecimientos dejen de estar uno después de otro para pasar a estar uno a causa de otro. La segunda cuestión relativa a la configuración es la presencia de la instancia enunciativa: en el relato, como en todo discurso, el que lo enuncia está presente en lo enunciado.

Mimesis III, o «refiguración», es el mundo que resulta en la lectura de la confluencia del mundo del texto con el mundo del lector. Representa por tanto el lugar de la recepción. Las estrategias retóricas que están presentes en el texto, y que se descubrían en el análisis de la configuración, se actualizan ahora en la lectura. El texto actualizado no es una mera representación de la acción, sino que conlleva una aplicación al lector: la lectura no es nunca una operación aséptica intelectualmente, es una actividad interesada, y, en este sentido, hermenéutica; como decía el adagio renacentista «lectio transit in mores».

Esta descripción de la actividad de creación y análisis de las narraciones viene completada en el estudio con una clarificación de los métodos de análisis narrativo. Si se reconoce esta descripción y se aplica un juicio crítico a las diversas metodologías, se podrá ver el lugar en que son eficaces para el análisis de las narraciones y, al revés, el lugar en que pueden deformar los resultados. Por ejemplo, para Ricœur, el análisis estructural procede con presupuestos lógicos y paradigmáticos, por tanto, su lugar es mimesis I. Si se pretende trasladar a la operación de configuración, se entiende que se le pueda aplicar el juicio del Documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993 sobre *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, que recordaba el peligro del análisis semiótico de negar los sujetos y la referencia extra-textual (EB 1322). Pero lo mismo podría decirse a propósito de otras metodologías. Por ejemplo, es sabido que este Documento de la PCB, al que aludimos, propone un recorrido analítico en el que el método histórico-crítico ocupa el lugar principal y, después, es completado con los demás. Sin embargo, desde la perspectiva de la triple mimesis que propone P. Ricœur, se podría sugerir otro recorrido analítico más preciso. Se trataría de situar en cada momento de la mimesis los métodos correspondientes, pertenezcan o no al método histórico-crítico. Por ejemplo, corresponderían a mimesis I el análisis histórico, el sociológico o el contextual. A mimesis II atañerían el estudio del género literario, la crítica de la redacción del texto y el análisis retórico-poético. Finalmente, a mimesis III habría que adjudicar obviamente la recepción del texto y su interpretación («historia de los efectos del texto», *Wirkungsgeschichte*), por ejemplo, la interpretación y aplicación que muchos pasajes del Nuevo Testamento hacen de otros del Antiguo. Así, pues, desde el horizonte de la mimesis de Ricœur, habría que convenir que lo que denominamos método histórico-crítico es una amalgama metodológica, susceptible de ser juzgada no sólo con los

criterios de formación histórica y sociológica del texto, sino también con otros que son similarmente importantes para captar la significación del texto.

Finalmente, en el capítulo cuarto se analizan las diferencias entre la historia y la ficción, o mejor, las características narrativas del relato histórico. También este aspecto le interesa a la crítica bíblica. No obstante, lo que puede deducirse de los escritos de Ricoeur a este respecto es más bien poco: por una parte, aunque en el plano de la configuración es casi imposible distinguir entre los dos tipos de relato (histórico o ficticio), concluye que la historia como ciencia no puede reducirse a la mera captación de una sucesión de acontecimientos y que, por tanto, no puede ser mera narración.

En la actualidad la exégesis es una ciencia en ebullición. Tras los óptimos resultados obtenidos por la metodología histórico-crítica del pasado siglo con respecto a algunos textos bíblicos (puede pensarse, por ejemplo, en los evangelios), la ciencia de la interpretación de la Biblia necesita aún armonizar las nuevas metodologías, integrar la dimensión hermenéutica de los textos, relativizar los resultados de exégesis excesivamente varadas, etc. Para este proceso aportarán luces libros como el que ahora recensionamos. Es claro también que el libro le resultará más útil al profesional de la exégesis que al lector interesado en aspectos divulgativos.

No sé si hay por mi parte algo de manía, pero muchos de los escritos producidos por teóricos actuales sobre crítica literaria y ciencias del lenguaje me resultan innecesariamente alambicados y culteranos: me parece que abusan de neologismos subjetivos, cuyos significados podrían ser expresados con mayor claridad y precisión por vocablos más usuales —a veces varían dentro de un mismo autor—, o escriben con sintaxis afeada y oscura. El libro de V. Balaguer se libra, en buena parte, de estos —a mi parecer— defectos. Por ejemplo, cuando comenta párrafos de Ricoeur, éstos adquieren una claridad que no tienen en los originales del estudioso francés.

José M.^a CASCIARO

Jean-François CHIRON, *L'infailibilité et son objet. L'autorité du magistère infailible de l'Église s'étend-elle aux vérités non révélées?*, Les Ed. du Cerf, Paris 1999, 579 pp., 13 x 21, ISBN 2-204-06295-2.

El título y subtítulo de esta obra expresan con toda claridad que el objeto del trabajo de Chiron es el estudio del alcance de la infalibilidad del magisterio de la Iglesia.